

Monólogo sinfónico en Fa mayor y medio tono sostenido (Fragmento)

“Cuando Dios no te da hijos, el diablo te da sobrinos”, así dicen, y allí estaban los míos, correteando y haciendo un gran alboroto por toda la casa. Nos reuníamos los fines de semana a que mamá, y parecía que siempre había fiesta.

Mis padres vivían en una casa de estilo colonial en San José del Ávila. La fachada era una ancha pared de cal impoluta con ventanas altas de madera precedidas por unas rejas de metal torneado, igual de altas, que en otro tiempo habían sido de madera, así como la puerta que se encontraba en todo el medio de la fachada. Se entraba por un pasillo estrecho de baldosas de terracota que se abría de derecha a izquierda donde comenzaban las puertas de las distintas dependencias. Dicha bifurcación hacía un cuadrado perfecto en medio del cual había un patio de mediano tamaño lleno de helechos, novios, margaritas, sábila, ruda y hierbabuena. Desde el pasillo de la entrada se podía pasar por en medio de la casa a través del patio de los helechos hasta el corredor que daba al solar de atrás donde estaba el área de lavar, un jardín de flores, un área de grama muerta que mis hermanos encementaron con la idea de hacer un espacio para bailar, tumbar las piñatas y, por su puesto, tener las parrillas. El cuadrado de las dependencias se distribuía, comenzando desde el pasillo de la entrada a mano izquierda, de la siguiente manera: la sala, cuya ventana daba a la calle, era lo suficientemente grande que tenía allí mismo la biblioteca. Primera esquina; el baño de los varones, dos puertas más en el mismo pasillo: los cuartos de los varones. Segunda esquina; el cuarto de visitas, la cocina, pasillo que daba al patio, comedor y cuarto de la abuela. Tercera esquina; dos puertas: los cuartos de las hembras, baño de las hembras, los padres y la abuela. Cuarta esquina; el cuarto de los padres, cuya ventana daba a la calle.

La casa tenía nombre, se llamaba “La Mayor”, porque había sido la más grande que papá había hecho y donde decidió establecer a la familia, pero nosotros le llamábamos “El fuerte”. No había forma de salir por aquel pasillo sin ser descubiertos por ese par de seres a quien Dios en vez de ponerles oídos le dio radares.

Éramos diez hermanos, seis varones y cuatro mujeres; en orden de nacimiento: Hernando, Morela, Vicente, Armando, Beatriz, Alberto, Amanda—que soy yo—, Hildebrando, Augusto y Emma. Digo éramos porque hubo uno que se fue hace muchos años y ya nunca supimos más de él. Ese fue Vicente; era un tema que no se tocaba, tanto

que nos acostumbramos a contarnos como nueve, porque fue preferible darlo por muerto que seguir llorándolo a la deriva. Mi mamá era doña Eduviges, en el fondo blandita, ¡pero con una mano!, no le quedaba de otra teniendo diez hijos. Don Octavio era mi papá. La gente del barrio lo llamaba “don” porque le tenían mucho aprecio y lo respetaban; ése era el título que a él le gustaba porque era un hombre sencillo y decía que los títulos no decían nada si no se sabían llevar, y que lo más importante era que se lo dijeran a uno con respeto, no como aquel “Licenciada” arrogantísimo del que yo echaba mano en la oficina para ganar, ni siquiera una migaja de respeto, sino un poco de obediencia servil y jugar a los caciques.

Los hijos de Armando, Beatriz y Hernando corrían por toda la casa con las figuritas del Belén en la mano. En la mesa del comedor teníamos figurines, papel cebolla, alfileres y telas. Mamá cortaba los patrones y los niños atropelladamente se nos escurrían por las piernas. Se notaba que ya mamá era abuela, en otros tiempos les habría dado un “tente allá”. Ahora tenía la cinta del centímetro en el cuello, donde antes llevaba la correa, y sin previo aviso, ¡zás!, venía el cuerazo, pero éstos no eran los hijos sino los nietos y toda la mano pesada de otros tiempos se le había ablandado..., aunque de vez en cuando recuperaba la voz perdida y daba unos regaños que dejaba a los chiquitos mudos y tiesos.

Era diciembre y la casa estaba revuelta, sin embargo en el desorden cada cual hacía lo suyo. Los hombres se fueron al mercado a comprar las hojas de plátano para las hallacas, Augusto, Emma y los dos sobrinos mayores estaban decorando el árbol de navidad en la sala, mi abuela hacía la chicha de maíz y papelón en la cocina, papá no descuidaba ni un momento el dulce de cabellos de ángel—su especialidad—Yolanda, la esposa de Alberto, Beatriz y yo nos encargábamos del guiso y de mantener limpia la cocina, y mamá decía que precisamente había tenido muchos hijos para que no se le cayera el techo en la cabeza cuando estuviera vieja, así que hacía lo que le gustaba que era coser y nos hacía algo a cada uno.

-¿Dónde está Hildebrando? -preguntó mamá recobrando el matriarcal tono castrense que todos le conocíamos.

-Ya no es un muchacho chiquito, mamá; debe venir por ahí—le dije, entonces comenzó el tililín y se soltó con el discurso imperativo de que “mientras viva bajo el techo de mi casa debe respetarme las canas”, y me miró desconcertada como si repentinamente se hubiera dado cuenta que su tono imprudente había tocado un tema álgido. Suavizó la inflexión y me preguntó que por qué no me devolvía para la casa—y para mis adentros pensaba: “¿Después de semejante advertencia... ?!!”—ella seguía con su discurso de que una mujer divorciada y sola daba mucho que decir, que no sólo había que ser seria, sino parecer seria, y eso de vivir sola en un apartamento no se veía bien; que lo correcto era vivir con los padres hasta que uno se volviera a casar, no de blanco, claro, pero saliendo por la puerta de la casa del brazo del padre. Y ahí venía la famosa línea que era capaz de descomponerme el cuerpo por varios días seguidos: “Tienes que rehacer tu vida (como si la mía estuviese en ruinas) porque uno siempre necesita a un esposo para que te represente”.

Yolanda me miraba de reojo y Beatriz ni se movía; entonces mamá se le acercó a Yolanda y le acarició la barriga de cinco meses y me empezó a subir un no sé qué desde las puntas de los dedos de los pies porque ya sabía con lo que me iba a salir, con lo mismo que me salió el día que vimos por primera vez el ecosonograma del último hijo de Beatriz, con una palmadita de lástima que me sabía a veneno.

-Mamá, sólo tengo 28 años.

Y desde la cocina mi abuela, que no perdía pie ni pisada de la conversación, dijo:

-Humjú...

Con un escándalo llegó Hildebrando, como si no hubiera podido llegar unos minutitos más temprano para ahorrarme el mal rato. Era el más alegre de los varones, el alma de la fiesta. Tenía 26 años, a los veinte empezó en la escuela de Derecho, ¡como tenía que ser!, según mamá, pero decidió “torcerse” para dedicarse a la música, y vinieron los golpes de pecho y la rasgaduras de vestido. La verdad, era un virtuoso con la guitarra, aunque podía tocar muy bien la flauta, el cuatro y la tambora. Como yo no tenía habilidad para los instrumentos—aunque puedo cantar muy bien—en honor a mi torpeza me compuso una *Sonata en clave de sol para dos manos izquierdas* y se hizo famoso en el conservatorio a costillas mías. Para ese entonces se dedicaba a trabajar en un grupo que buscaba rescatar el folklore dándole un tono renovado; hacía cosas muy interesantes y yo me moría de orgullo por mi hermano, así que le hacía de alcahueta cada vez que podía y lo apoyaba en cuanto proyecto descabellado le pasaba por la cabeza. Mamá estaba preocupada de que él influyera “para mal” a Augusto, quien había mostrado tener cierta inclinación por la música, de manera que, como si se tratara de la peste negra, buscaron las maneras de espantarle las ganas. De todas formas no hacía falta tanto esfuerzo. Augusto era de esos que padecen una fiebre momentánea y se desvanece pronto. Él quería ser veterinario, y no era que eso le gustara mucho a la familia, pero de los dos males, ¡mejor veterinario que músico!; ya verían las maneras de hacerlo cambiar de parecer.

Emma (la pobre) quería ser modelo. Ella había aprendido bien la clase de ciencias naturales acerca de los recursos naturales no renovables; se dio cuenta que el petróleo era uno de esos recursos, y pronto también aprendió que al igual que el petróleo las “misses” eran otro de nuestros productos de exportación, con el agravante de que la belleza no sólo no era renovable—aunque algunos lo conseguían a punta de bisturí—sino de una vida sumamente corta, brevísima. Para ser modelo había que empezar a los quince años y llegar a serlo antes de los veintitrés, o no había carrera. ¡Ni trabajo! Ella ya tenía veinte años, así que lo que tenía era una carrera contra el tiempo. Se le trató de convencer que siguiera una profesión universitaria a la par de su descabellado sueño y consiguieron, a duras penas, que se inscribiera en diseños de modas, mareándola con el cuento de que aquello tenía mucho que ver con lo que ella quería. Para entonces la mencionada carrera tenía muy poco crédito, aquello era Caracas, no New York o París, y dentro de la escala de los valores sociales caraqueños, la nueva profesión no estaba dentro de las más prestigiosas, ni las más lucrativas, aquello era el equivalente a ser

“costurera universitaria”. En vista de la debilidad que sentía mamá por la costura el asunto tuvo su atenuante, pero de todos modos, ¿cómo no se le ocurría a Emma estudiar algo más sensato? Parecía que de mí para abajo todos nos echábamos a perder. Los de arriba eran los que habían sentado cabeza, Hernando, médico; Armando, abogado; Alberto, ingeniero; Morela, muy bien casada con un ejecutivo en Madrid y con el título de psicólogo, bien gracias, adornando una de las paredes de su casa; y Beatriz... Los de abajo éramos los desorientados, y yo era lo que todos llaman “el sándwich”, el perfecto punto de transición entre los casados y los solteros: la divorciada.

Como decía, estábamos haciendo los preparativos decembrinos. Llegaron los demás, mis hermanos, y se pusieron a lavar las hojas de plátano en el patio, se les unieron los niños y en total... tuvimos más niños, porque hombre nunca crece. Creo que fueron más las hojas que se rompieron que las que usamos, pero eso se sabía, lo importante era estar allí, en la casa de mamá, cocinando las hallacas, decorando el árbol y poniendo el pesebre.

Cuando dieron las seis de la tarde, el árbol de navidad ya estaba montado, las hallacas en la cocina y el pesebre a punto de iluminar. Hildebrando llamó a todos para prender el nacimiento, nos acercamos a la sala que estaba a oscuras y conectó las luces del árbol y el Belén—debió estudiar teatro el condenado, dramático como él sólo—entonces tomó el cuatro e invitó a mis otros hermanos a que lo acompañaran con los instrumentos que de antemano había traído. Cantamos aguinaldos, gaitas, cualquier cosa, e Hildebrando que no sólo cantaba sino que interpretaba, se ponía a hacer morisquetas si alguna letra era jocosa y se ponía a cantarles serenatas a mamá y a la abuela. Mamá disfrutaba pero su naturaleza le decía que tenía que protestar: “_ ¡Es que tú nunca te vas a enseriar muchacho!”, entonces mi abuela, con esa voz que se le iba la regañaba “_ Déjalo que cante que a mí me gusta” y aquello era santa palabra. Comenzaban así los ensayos oficiales de nuestro grupo de parrandas navideñas a las que se juntaban otros vecinos—amigos de toda la vida—con quienes teníamos años saliendo a cantar aguinaldos de puerta en puerta por toda la vecindad. Cerrábamos las calles y hacíamos patinatas, donde los sobrinos, la nueva generación, se burlaban de nuestros patines de cuatro ruedas.

Entre nosotras las muchachas hacíamos bromas y les dábamos tregua a los muchachos, ya que se sentía en el ambiente mucho de “paz a los hombres y buena voluntad” de la navidad. Con el grupo de parrandas, compuesto como dije de nosotros los Saavedra y otros amigos cercanos, nos paseábamos en la madrugada y les llevábamos serenatas a las novias de mis hermanos y de los otros muchachos del grupo; ellas se asomaban y entre la emoción y la vergüenza por sorprenderlas sin maquillaje, en camisón y acabadas de despertar, no sabían qué decir. Yo sabía lo que se sentía porque a mí también me llevaron serenatas varias veces. Como en la casa no sabíamos para cuál de todas era, cuando escuchábamos los primeros acordes y las voces, todas—incluyendo mi abuela—corríamos atropelladamente a oscuras mientras nos poníamos una sobrebata, intentábamos arreglarnos el cabello o quitarnos las legañas de los ojos, entonces al llegar a las ventanas de la sala las abríamos sin ningún recato de par en par. Mamá era la que siempre protestaba diciendo que no sabíamos tener decoro, que así no se hacían las cosas, pero no le quedaba más que callarse cuando

veía a mi Manina que la miraba con ojos de “Cállate y deja vivir”. Yo sólo le veía los ojos a José Alberto, mi novio de ese entonces, y creía que me iba a morir de la felicidad mientras me perdía en aquellos ojos claros... Claro, la situación cambiaba si sabíamos que alguna estaba peleada con el novio; la táctica era otra. Había que enterarse primero para quién era la serenata. Como sabíamos que nuestros hermanos a veces estaban en contubernio con el sancionado de turno, no podíamos fiarnos de ellos, así que teníamos que esperar impacientemente, a ventana cerrada, que siguieran cantando y que las canciones nos dieran las pistas.

Una de esas serenatas fue famosa en el anecdotario familiar. Morela había descubierto que Felipe, su novio de tres años, se estaba viendo con su mejor amiga. Lloró a mares por días, dejó de comer, y ella, que siempre había sido muy bella y coqueta, se había descuidado del todo y se negó a recibir llamadas telefónicas del infeliz. Cuando se le pasó el período de dolor, por su puesto pasó al siguiente, pero a su modo; desterró el nombre de Felipe de su vocabulario, se arregló de nuevo e hizo creer a todos que se le había pasado el mal rato, pero como bien dijo Shakespeare, “El infierno no tiene furia al lado de una mujer herida”.

Llegó diciembre y con él la época de las serenatas. De algún modo ella se enteró que el fresco aquel iba a venir, y se preparó. Yo sólo tenía once años, ella veinte, y yo no tenía una completa noción del peligro. Ella, que me conocía, sabía que podía confiar en mí y me encargó, en calidad de secreto, que le consiguiera un par de cositas. No era difícil conseguirlas puesto que en mi “mercado negro” de canje con mis amiguitos de colegio y los de Hildebrando podía perfectamente bien arreglármelas. Yo incluso fui un poquito más allá, conseguí dos de los grandes, y entre Morela, Beatriz y yo los escondimos en el cuarto. Llegó la noche aciaga y para su desgracia, y suerte de los otros, vino a dar la serenata solo.

La guitarra comenzó a sonar y con ella el lamento de que “sin ti no puedo vivir y que nunca te voy a olvidar”. Con sigilo de ratón fui a despertar a Hildebrando para que me ayudara; se despertó *ipso facto* cuando supo que había fósforos y pólvora de por medio. Yo tenía mi arsenal acomodadito en una caja que había mudado a la sala antes de ir a la cama y allí el paquete nos estaba esperando. Morela abrió una de las ventanas y dejó que el iluso pensara que estaba ganando terreno, entonces después que terminó la que estaba cantando, ella le pidió que por favor le cantara *Como llora una estrella* y aquel empezó: “*Recuerdos de un ayer que fue pasión* (el Hildebrando y yo estábamos sacando las latas vacías de refresco) *del suave titilar que ayer yo vi*, (la Beatriz nos hacía señas de no sonar ninguna) *de tu dulce mirar tu amor sentí*, (saqué de debajo del sofá el arma secreta) *tu cara angelical, rosa de abril*. (Hildebrando no lo podía creer) *Como quisiera yo amar y ser*, (los tres teníamos los fósforos en la mano) *la mística oración que hay en ti*, (¿Cuándo? Susurré a Morela) *pero al no sentir tu raro amor de ayer* (En el coro—me respondió) *la estrella solitaria llorará de amor. Dame la tierna luz que tiene tu mirar*” (¡BOOM!!) el “*que es como el titilar de una estrella de amor...*” quedó pendiente para otra oportunidad porque el desdichado quedó primero tendido en el piso ante el “titilar” del primer cohete que se le venía encima y que rebotó en la pared de la casa del frente para luego explorar en el aire e iluminar con sus múltiples colores su rostro empalidecido. Acto seguido tuvo

que pararse porque una lluvia de latas de refresco con traqui-traquis adentro empezaron a bailarle en el piso y la tierna luz de los ojos de Morela sólo pronosticaba una ecatombe.

Nos estábamos divirtiendo de lo lindo, encendí el segundo cohete, pero lo golpeé ante el sobresalto que me provocó el grito de mamá que por supuesto ya estaba en la escena del crimen junto con mi papá y el resto de mis hermanos. Ahí tuvimos que correr todos, fue una linda estampida, porque el cohete encendido se quedó bailando indeciso en la sala, y terminó reventando en el jardín de los helechos llenando de hermosos colores los pasillos de la casa; tuvimos suerte de no incendiarla. Aquella noche hasta Morela con sus veinte años llevó unos cuántos correazos en las piernas, el pobre Hildebrando lloriqueaba a moco tendido diciendo que él ni sabía bien cómo iba todo. Mi papá indignado nos gritaba que pudimos matar al muchacho y en mi estupidez de once años todavía no había aprendido que en casos como esos hay que mantener silencio o cualquier cosa que se diga será usada en tu contra, yo le decía “-Pero papá, si no le tiramos a matar, sólo queríamos darle un susto” “-¡Imagínense si hubieran querido matarlo!” y zás, venía el cuerazo, y aunque lloramos porque, ¡cómo dolía aquel cuero seco en las piernas desnudas!, cuando estuvimos en el cuarto tuvimos que ahogar las risas en las almohadas al recordar la cara de espanto que tenía el Felipe, ahora sí que como decía en la canción nunca iba a olvidar a la Morela. Le dimos su buen aguinaldo. Que no se dijera que la sinvergüenzura había quedado impune, puesto que habíamos limpiado el honor de Morela.

Por esa y muchas otras experiencias (menos drásticas, tengo que aclarar) esas parrandas musicales eran parte de la familia, eran parte del sentir de mi pueblo, y no había nada que, por todo el oro del mundo, yo cambiara por esos momentos.

Se hizo de noche, se cansaron los niños, y empezó todo el mundo a irse.

-¿No te quedas? –me preguntó mamá- mañana no tienes que trabajar, es domingo.

- No voy a trabajar, pero tengo cosas que hacer.

- Sobran camas.- gritó mi abuela desde la cocina y sonreí, fui a darle un beso y otro a mi papá; conseguí a mamá a mitad de camino y me despedí de ella también.

- Otro día. Puede que pase mañana- y me fui a mi casa con mis recuerdos.

Yosálida C. Rivero-Zaritzky

Crítica

Este texto de Yosálida Rivero surge del recuerdo de una tarde en que Amanda, narradora y protagonista de la historia, se reúne con su familia a preparar la cena de Navidad. Lo interesante de este texto es que el recuerdo de aquella tarde contiene, a su vez, recuerdos más viejos que, a pesar de que algunos son amargos y desesperanzadores, se han ido idealizando con el correr del tiempo hasta transformarse en momentos invaluable para la protagonista. Amanda lleva y trae consigo estos recuerdos como dulce promesa a la que añora volver pero cuando vuelve no encuentra.

Yosálida C. Rivero-Zaritzky

La realidad ya es otra. El tiempo ha pasado para todos menos para la vieja casona familiar.

La prosa limpia y cuidada de la autora transparenta los dimes y diretes de las reuniones familiares con tanta frescura y desenfado que el lector no puede dejar sonreír al percibir reflejos.

Angélica María Sánchez